

GEOESTRATEGIA DE LOS ASENTAMIENTOS FENICIO-PÚNICOS EN EL CAMPO DE GIBRALTAR.

Salvador Bravo y Jiménez

INTRODUCCIÓN

Situada en el extremo occidental del Mediterráneo, la Península Ibérica ha representado siempre en la antigüedad un estímulo para los navegantes orientales, paragonable al que vivieron los conquistadores españoles y portugueses en el S. XVI con el descubrimiento de América. Esta presencia de gentes orientales en sus costas ha posibilitado la existencia de una larga serie de estudios por parte de investigadores que se remontan al Helenismo.

La historiografía fenicia en la Península podemos dividirla en tres grandes apartados:

- Fuentes de carácter mitológico.
- Obras antiguas que afrontan el problema desde un punto de vista científico.
- Investigaciones efectuadas por estudiosos a partir del S. XIX.

La primera, queda enmarcada en los relatos del regreso de los Nostoi, Ulises, Anfilao, Antenor, etc (Schulten, A. 1945 - García y Bellido, A. 1947). La segunda se fundamenta en autores como Veleio Patérculo (*Hist. Rom.*, I:2, 1-3), Pomponio Mela (*Crorog.* I, 12), Plinio el Viejo (*Hist. Nat.*, VII, 57, 199), Estrabón (*Geog.* III:4, 2-3), Avieno (*Ora Mar.* 310-315), Esteban de Bizancio y muchos otros (Pellicer, M., 1985, Pag. 36). Es en época helenística cuando se asiste a una verdadera controversia científica sobre el origen y significado de la población fenicia en las costas ibéricas, polémica que continuará con la romanización.

Tras la caída del Imperio Romano, se registra un vacío informativo hasta los siglos XVI, XVII y XVIII en que autores como Hernando Colón, Macario Fariñas, el Padre Florez o Francis Carter, recogen de nuevo la tradición grecorromana. A este periodo de viajeros y eruditos, le sucede otro donde no primará el descubrimiento de objetos de arte y sí se verá una acusada sensibilidad por lo científico del asunto. Así, en 1841 y 1856 se publica en Bonn la obra *Die Phoenizer* de Movers, al que seguirán las obras de S. Reinach y de V. Berard. Tras los descubrimientos de Schlieman y Evans, el interés arqueológico se acrecienta, máxime cuando son descubiertos los archivos ugaríticos y las necrópolis de Cartago y Cádiz.

Historia

Por lo que respecta a la Península, A. de Horozco en 1845, Castro en 1858, Guillén Robles en 1874, Cean Bermudez en 1832, Amador de los Ríos en 1909, Pérez de Barradas en 1929 y Tarradel en el N. de África son los investigadores que muestran un denotado interés por lo semita en el Sur peninsular.

Sin embargo, no será hasta 1962 cuando Pellicer (Pellicer, M., 1963) comience definitivamente las excavaciones arqueológicas en el Cerro de La Laurita, en Almuñécar, poniendo de manifiesto la extraordinaria importancia de la zona. A esta se le sumarán los estudios de Schubart en Morro de Mezquitilla (Schubart, H. 1977), Trayamar (Niemayer *et Alii.*, 1975), Chorreras (Aubet, M^a E., 1975), Toscanos (Schubart, H., 1963), Málaga, Cerro del Prado (Rouillard, P., 1978), etc. A estas investigaciones de tipo estrictamente arqueológico se le sumarán los trabajos de delimitación de líneas de costa en la antigüedad de manos del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en colaboración con la Universidad de Kiel, de lo que será fiel exponente la tesis de Hoffmann (Hoffmann, 1988).

Hoy en día, los trabajos no van tanto encaminados al descubrimiento de nuevos yacimientos, sino a estudiar los ya conocidos y a ahondar en la problemática que suponen. El trabajo que a continuación se presenta, va enmarcado en esa línea y está dedicado al papel geoestratégico que juegan dichos asentamientos dentro de la dinámica general de la colonización fenicia en la Península Ibérica.

PALEOGEOGRAFÍA DE LA ZONA:

El mejor referente en cuanto a este tipo de estudios es la Tesis de Hoffmann (Hoffmann, 1988) publicada por la Universidad de Kiel en la cual se exponen todos los estudios llevados a cabo en el litoral andaluz para delimitar la línea de costa en la antigüedad y el impacto que sobre la misma tuvieron las poblaciones a lo largo de la historia, aunque no podemos olvidar el reciente trabajo de Julián Mancebo (Mancebo, J. 1995) sobre el Cerro del Prado, o el no menos importante de Gómez de Avellaneda (Gómez de Avellaneda, C. 1995).

Una reconstrucción del litoral hace 2.800 años, nos permitiría individualizar zonas potencialmente susceptibles de albergar yacimientos fenicios de una u otra cronología. Asimismo nos permitiría conectar yacimientos relativamente al interior de las zonas litorales, con los circuitos geoestratégicos y geoeconómicos, una vez delimitada su auténtica ubicación en el tiempo y en el ambiente. Por tanto, es necesario considerar las condiciones medioambientales para dar respuestas al nacimiento de los primeros centros fenicios en el litoral campogibraltaño y su función.

No parece descabellado pensar que en las proximidades del Estrecho de Gibraltar, se ubicara una concentración de yacimientos fenicios arcaicos análoga a la del Río Vélez. Pensamos que, por condiciones geomorfológicas, la desembocadura de los ríos Palmones y Guadarranque en la Bahía de Algeciras, presentan unas características idóneas para un denso desarrollo poblacional fenicio. La colmatación actual de la paleobahía y la existencia de indicios materiales así como la ubicación del yacimiento del Cerro del Prado en su desembocadura y su proximidad a Gorham's Cave en Gibraltar, avalan esta hipótesis.

Otra zona de indudable potencial arqueológico es la desembocadura del Río Guadiaro ya que este ha sufrido el mismo proceso de colmatación que la del Río Vélez. Si comparamos uno y otro, presentan una situación análoga: población indígena, vía de penetración al interior, promontorios e islas en la desembocadura, etc. No es de extrañar que al yacimiento de Montilla y al de Barbésula, se le sumaran varios más en sus inmediaciones. Todas estas zonas presentan similares características geomorfológicas, como son: desembocaduras de ríos con régimen torrencial, pequeños promontorios costeros flanqueando

dichas desembocaduras, islas situadas en los estuarios y, en resumen, valles fluviales con un alto potencial cinegético y agropecuario.

No pretendemos caer en un determinismo geográfico, pero la repetición del mismo patrón de asentamiento para poblaciones fenicias arcaicas nos lleva a plantearnos su verdadera función originaria. El que se sitúen en pequeños promontorios costeros en la desembocadura de los ríos nos lleva a pensar en que no miraban tanto al interior como al mar y los problemas que la navegación suscitaba por aquella época.

Sin embargo, no quiere aquí aseverarse que la única función que tenían dichos yacimientos en su origen fuera el apoyo a la navegación. Las características ícticas del Estrecho con el conocimiento de las migraciones de especies marinas que sin duda conocían estos expertos marinos y el potencial maderero y minerometalúrgico de la zona, hace de estos lugares puntos estratégicos clave en cualquier empresa colonizadora de cierta envergadura. Según apunta Morales Muñoz (Morales, 1987), las posibilidades en cuanto a ictiofauna del Estrecho son altísimas y naturalmente esto no pudo pasar desapercibido a los fenicios desde los primeros momentos. Por tanto, resulta evidente cuanto menos, la falta de estudios paleogeográficos que pudieran delimitar nuevos yacimientos y las características de su fundación.

SUSTRATO INDÍGENA:

Llama poderosamente la atención, a simple vista, que zonas con un alto potencial económico aparezcan casi despobladas a la llegada de los fenicios a estas costas. Solo conocemos algunos centros indígenas anteriores al S. VIII a.C. y con un potencial demográfico muy escaso. Se sitúan en las desembocaduras de los ríos Guadalfeo, Guadiaro, Guadalhorce y en Río Verde en Almuñécar.

Según Avieno (*Ora Mar.* 310-315), la zona que comprende desde la desembocadura del Betis hasta el Chrysus (Guadiaro) estaba ocupada por los Cilbicenos. En las tierras que van de Málaga a Cartagena estaban los Mastienos; las tierras del interior desde el Estrecho hasta Mastia la ocupaban los Bastetanos, llamados Blastofenices por Apiano (Iber. 56) porque habitaron una zona ocupada sucesivamente por los Fenicios (Schulten, A., 1945, pp. 206-207). Arteaga ha delimitado la presencia de pequeñas comunidades de agricultores y pastores en la zona de Almería (Arteaga, O., 1976, pág. 30) aunque nada se conoce para zonas más occidentales.

En el poblado de Montilla, en la desembocadura del Río Guadiaro, se excavó un poblado del Bronce Final anterior a la llegada de los fenicios. Presenta similitudes con poblados de su hinterland como es el del Cerro Berrueco (Escacena, J.L. *et Alii*, 1985, pp. 7-36). Este puede servirnos como ejemplo de la dinámica colonizadora fenicia al tomar contacto con un centro indígena. El poblado presenta cuatro estratos bien definidos. El más antiguo otorga toda la vajilla característica del Bronce Final con cerámicas a mano únicamente; a éste le sigue otro, datado en el S. VIII a.C., con algunas intrusiones de cerámica de engobe rojo y ánforas de saco; el tercero presenta una proporción más acusada de material fenicio para pasar al cuarto, donde la cerámica a mano prácticamente ha desaparecido (Schubart, H., 1986, pp. 200-217).

El análisis de estos asentamientos indígenas muestra que la mayoría surgen en las grandes vías de comunicación al interior (Guadiaro y Guadalhorce). Su función, obviamente, nos la dará una excavación de los mismos, aunque parece evidente que la proyección de estos pequeños centros es hacia el interior de los grandes valles que conducen a la campiña sevillana (en el caso del Guadiaro) o a la zona interior de la Hoya de Málaga (en el caso del Guadalhorce).

Historia

Al contrario que los fenicios, situados en promontorios costeros y con una clara vocación marinera, estos surcan las vías naturales de penetración hacia el interior. Sorprende, no obstante, la escasa resistencia que los mismos oponen a los navegantes semitas y la rápida aculturación que estos centros sufren. El proceso parece claro:

- Fundación de un centro fenicio a poca distancia del indígena.
- Progresiva infiltración de bienes materiales y culturales.
- Aculturación y desaparición del componente indígena.

A diferencia de la zona del Bajo Guadalquivir, la costa ha visto la sistemática desaparición de los centros indígenas, quizá motivada por la urgencia de un dominio de facto de los territorios a ocupar. La masiva presencia de ánforas en los yacimientos fenicios hace suponer que más que creación de nuevos mercados, los semitas intentasen asegurar una zona de producción y distribución de mercancías y controlar la ruta que unía a la metrópolis con Gadir y su entorno. Solo así se comprendería la total desaparición del elemento indígena en un muy corto espacio de tiempo.

PRECEDENTES

Fueron los fenicios los primeros en trazar una red marítima destinada a comerciar con todo el Mediterráneo y esto estaba basado en una tecnología naviera muy desarrollada. El descubrimiento de la biblioteca del Palacio de Ugarit (Nougayrol, 1960) demuestra que ya en el S. XIII a.C., mercantes fenicios podían transportar entre 450 y 500 Tm. de carga. Igualmente parece demostrado que hacia el 1400 a.C., estaban en condiciones para llegar a las costas occidentales del Mediterráneo (Alvar, J., 1987 pp. 420-443) por lo que estamos en grado de suponer que los navegantes fenicios pudieron llegar a las costas de Andalucía mucho antes de lo que el registro arqueológico nos confirma.

Llegados a este punto, resulta interesante referirse al pasaje del *Libro de los Reyes*, 22, 29, en el cual se estipula un tratado entre el Rey Salomón y los fenicios para la construcción de una flota para llegar a Ofir y describe el tipo de navío que quiere: «Naves de Tarshish». Tanto Bunnens (Bunnens, 1979 pág. 348) como Alvar (Alvar, J., 1987 Pág. 432) concluyen en que la Tarshish bíblica está situada en el Mediterráneo y lo que el rey quería no era otra cosa que las mismas naves que las que utilizaban los fenicios para comerciar con la Tarshish mediterránea. Si esto es así, sabemos que ya desde el S. X a.C., los fenicios comerciaban con un lugar llamado Tarshish situado en el Mediterráneo, muy probablemente al occidente. Moscati admite igualmente esta posibilidad, aunque concluye en que en el estado actual de la investigación, no puede demostrarse que la Tarshish bíblica corresponda con Tartessos (Moscati, S., 1983, Pág. 5).

No es objeto de este trabajo el análisis de la llamada precolonización, aunque sí parece interesante apuntar varias ideas. Ya Almagro (Almagro, 1983 pp.434-435), Aubet (Aubet, 1985 Pág.14), Bendala (Bendala, M., 1979, pp. 33-40) Ruiz Gálvez (Ruiz Gálvez, M., 1986 pp. 9-16) y muchos otros investigadores sostienen que desde el S. XI a.C., las sociedades indígenas presentan unas claras influencias orientales y, dada la escasa capacidad náutica de las mismas, parece probable la llegada de orientales a la Península antes del S. XI a.C.

La llegada de los primeros navegantes fenicios a la costa andaluza se produce en la zona gaditana (Castillo de Doña Blanca) a fines del S. IX a.C. atestiguado por el registro arqueológico. Parece probable, como apunta Bondí (Bondí, 1978 pág. 140) que se trataba de una empresa estatal, por lo que resulta evidente la necesidad de conocer el medio antes de llevar a cabo una empresa de las citadas características.

Igualmente, parece oportuno dar otros argumentos de carácter político. Según Aubet (Aubet, M^a. E., 1987 pág. 143) la ciudad de Tiro adquiere el rango de «Metrópolis» en el S. VIII a.C. y es cierto también que a partir del 1200 a.C. los Pueblos del Mar invaden las costas siro-palestinas y egipcias. Estas invasiones crearán una situación política difícil de resolver por el espacio vital. Ugaríticos, tirios, sidonios se verán abocados a la búsqueda de nuevas soluciones ante los graves problemas demográficos creados por las invasiones de los Pueblos del Mar (González Wagner, 1989, pág. 72) y la presión del Imperio Asirio por la demanda de plata en forma de tributos.

En esta línea, las fundaciones de Gadir, Lixus y Cartago pudieran ser atribuidas a la preocupación de los estadistas fenicios ante la creciente presión de los nuevos invasores. En el curso de estos viajes de exploración, los navegantes habrían valorado las posibilidades reales de las nuevas tierras descubiertas. El mismo hecho de que Gadir se fundase más allá de las Columnas de Hércules, nos indica que ya conocían con anterioridad las costas al Este del Estrecho.

Igualmente, puede hipotizarse que esta frenética actividad marinera haya creado una intensa red de portulanos e itinerarios marítimos donde se describieran los principales accidentes geográficos y los puntos de apoyo a la navegación en costas no conocidas con exactitud; estos puntos de apoyo serán más tarde convertidos en los primeros asentamientos fenicios en nuestras costas. Difícilmente una red concebida así puede dejar huellas en el registro arqueológico, aunque sí quedaría en la cultura de las poblaciones indígenas en los casos en los que se encontrasen. Por tanto, parece más que razonable que los fenicios hayan llegado a las costas andaluzas sobre el 1100 a.C. aunque no puede hablarse de colonización para estos momentos y sí de primeros contactos con un territorio virgen y susceptible de ser colonizado una vez se hayan conseguido los recursos demográficos necesarios para llevarlo a cabo.

RUTAS

La distribución espacial de los asentamientos fenicios a lo largo del Mediterráneo permite reconstruir las rutas que seguían. Practicaban la navegación de cabotaje aunque eran capaces de navegar durante la noche merced al descubrimiento de la Estrella Polar (Dussaud, 1936 pp. 59-60) y merced a una estudiada y cuidada red de señales luminosas costeras (faros) (Homero, *Odisea*, II, 434; X, 28; XV, 476) y de islas y montañas visibles a gran distancia (Schule, 1968 pp. 449-462). Igualmente las rutas están en función de las variaciones de las corrientes marinas y el régimen de vientos imperante en el Mediterráneo.

Lo cierto es que el transporte debía ser por mar, ya que una ruta terrestre resulta a todas luces inviable. Los costes que supondría, además de un milimétrico control del territorio, hacen de la ruta marina la más plausible. Por tanto, resulta más lógico pensar en la necesidad de una red de factorías y puntos de apoyo a la navegación dada la peligrosidad de la misma, especialmente en las costas meridionales y cercanas al Estrecho de Gibraltar.

Gadir, por su posición estratégica, controlaba el tráfico del Estrecho y muy probablemente las primeras colonias fuesen fundadas con el propósito de facilitar el transporte marítimo. Aunque más apartado en el tiempo, tenemos la noticia de que el cartaginés Hannón creó una cadena de escalas portuarias en la costa africana (Picard, 1982 pp. 175-180) y quizá las 99 colonias fundadas por Mileto en el Mar Negro fueran estaciones navales en su origen (Hockmann, 1985 Pág. 127).

¿SANTUARIOS O FAROS ?

Son muy pocas las noticias que tenemos de la existencia de faros o del sistema de orientación luminosa utilizado por los fenicios. Sin embargo, parece probable que durante la noche se encendiese un fuego, señal de indudable utilidad, aunque

Historia

este podía guiar a naves piratas. En la *Iliada*, Homero (*Iliada*, XIX - 375) nos describe: «*Así como aparece un fuego encendido en un lugar solitario en la parte alta de un monte para los navegantes que vagan por el mar ...*», lo que confirma que ya en el S. VIII a.C. se usaban señales luminosas en los promontorios costeros. Más tarde estas hogueras se convertirán en verdaderas estructuras elevadas, a modo de torre, para guiar a los navegantes a puerto sin contrariedades. La más famosa es la Torre o Faro de Alejandría, en la Isla de Pharos (Hockmann, 1985 Pág. 225). En esta isla, se situaba un santuario dedicado a la diosa Isis, protectora de la navegación (Berard 1903, Pág. 59).

En lo que respecta al período que nos ocupa, la existencia de «faros» proviene únicamente de la fuente homérica. La señalización luminosa implica la existencia de centros estables y la práctica de la navegación nocturna. Para llevar a cabo la navegación, la flota necesitaba de estos puntos de apoyo-guía cuando llegaba la noche.

Si se recorre el litoral mediterráneo andaluz, se verá que la costa está jalonada por arrecifes y escollos, lo que dificulta sobremanera la navegación de cabotaje y más si se realiza por la noche. La costa, no obstante, es rica en promontorios costeros e islas y bahías que sirven como inmejorables refugios a las naves. Estos, a partir del S. VIII a.C. (según el registro arqueológico) serán habitados por colonos fenicios, que a juzgar por las posibilidades económicas, debían dedicarse a la agricultura, pastoreo y, sobre todo, al control de la navegación y apoyar a la flota que se dirigía a Gadir a través del Estrecho. La existencia de estos «faros» presupone asentamientos estables, y es por esto que pensamos es esencial comprender cómo la flota fenicia podía llegar a Gadir con todas las garantías, en el caso de que la ciudad fuese fundada en el 1104 a.C.

Como ya se indicó, si los llamados viajes de exploración se llevaron a cabo en torno a esa fecha, es lógico pensar que estos los realizarían pequeñas flotas para reconocer el terreno, mas que una gran flota comercial. Sobre tal base, es posible desarrollar un modelo que ponga en relación el nacimiento y desarrollo de los primeros centros fenicios en la costa mediterránea andaluza con la intensificación del tráfico marítimo hacia Gadir. Cuando los vientos del Estrecho impedían la navegación, los navegantes descargaban las mercancías y hacían sacrificios a las divinidades protectoras en los santuarios y templos erigidos en los puertos (por ejemplo el Santuario de Hera Limenia en Perachora) o sobre promontorios costeros (Artemisión en Cabo Sounion). Los fenicios, antes de iniciar la navegación, hacían ofrendas para buscar vientos y condiciones propicias a la navegación. Cuando se navegaba en las cercanías de un Santuario, se le ofrecían sacrificios, incluso si la nave estaba bajo la protección de otra divinidad (Hockmann, 1985 pág. 242).

La divinidad fenicia por excelencia es Melkart. Melkart significa Señor de la Ciudad y es la divinidad protectora de la agricultura y del mar. A él se le atribuye la fundación de ciudades y colonias (Dussaud, 1946 pp. 203 - 231). Arriano (II, 17, 1-2) nos describe el Templo de Melkart en Tiro, subrayando que estaba jalonado por dos «columnas de oro». Según la tradición, la fundación de una ciudad debía de estar precedida por la construcción de un templo (Aubet, 1987b Pág. 136), y es el propio Melkart el que, a través de un oráculo, sugiere donde y cuando fundar la nueva ciudad (Plutarco, *Ale.*, 24). La erección de un santuario con la «Llama Divina» que precedía a la fundación de una ciudad podría responder a un doble motivo: agradecer a la divinidad la protección ofrecida y apoyar la navegación nocturna.

Del pasaje de Avieno donde se cita expresamente que los fenicios sacrificaban a Melkart en las islas del Estrecho para encontrar condiciones favorables, puede deducirse la existencia de un santuario-faro dedicado a Melkart en la Isla de las Palomas en Tarifa (Criado, F., 1991, Pág. 148). El esquema propuesto, basado en la navegación y los problemas que comporta la travesía del Estrecho, asigna a los santuarios funciones religiosas y de apoyo a la navegación mediante un sistema de señales luminosas ubicado sobre islas y promontorios costeros. Con el pasar del tiempo y el aumento demográfico, los santuarios se han transformado en verdaderas ciudades que, aunque desarrollando la agricultura, pesca, etc, han continuado con sus

funciones primitivas de apoyo a la navegación. La hipótesis apuntada es, obviamente, indemostrable en términos puramente empíricos a causa de la falta de datos arqueológicos. El estudio de las fuentes clásicas y el análisis de los medios de navegación disponibles en la época apoyan, no obstante, esta teoría, confiriéndole por tanto un cierto grado de interés.

LA FUNCIÓN GEOESTRATÉGICA

El Mediterráneo ha sido desde siempre vía de comunicación preferencial para los pueblos ribereños, lo que ha contribuido fuertemente a su integración cultural y étnica. Sus características de mar cerrado, favorecen las relaciones y esto explica los tempranos contactos entre sociedades orientales y occidentales de sus costas. Por tanto, resulta interesante analizar las relaciones que los centros fenicios andaluces mantuvieron con las sociedades mediterráneas, en particular con el mundo greco-oriental de un lado y con el norte de África de otro.

Las relaciones con la Grecia del Este pueden llevarse a la época de las primeras fundaciones fenicias, como demuestran los repertorios de cerámica griega arcaica hallados en ellas. Por ejemplo, los dos Kotilay protocorintios de Almuñécar datados en el 675-650 a.C. (Pellicer, M., 1965 pág. 68) o el alabastrón adscribible al Corintio Antiguo de Toscanos (Niemayer, 1985 pág. 110), los cuales inducen a pensar que navegantes griegos se hubiesen aventurado por estas costas, aunque más probable sería pensar que provengan de actividades mercantiles fenicias en puertos orientales. Igualmente, es necesario precisar que si el material egipcio hallado en Almuñécar deriva del comercio fenicio (como se acepta normalmente), análogas consideraciones pueden derivarse de la presencia de cerámica griega arcaica. Por tanto parece oportuno incluir a los centros andaluces en el ámbito de un circuito comercial, netamente más amplio, a escala internacional.

Algunos investigadores sostienen que, tratándose de objetos de lujo, estos servirían para el mercado aristocrático indígena (Almagro, 1976 pp.30.35). Este esquema pudiera darse en el caso de Huelva o Cádiz, pero para el caso campogibraltareño el dato contrasta con la baja densidad de población indígena.

La escasa cantidad de cerámica griega de importación anterior al 700 a.C. no permite atribuirla a un comercio directo con Grecia. No obstante, a fines del S. VII a.C., se registra un fuerte aumento de la cerámica de importación proveniente del Mediterráneo Central y Oriental. A las cerámicas de Samos, Quios o Atenas, se suma el Bucchero Sottile etrusco de Toscanos (Niemayer, 1982, P. 110) o el del Cerro del Villar (Aubet, M^a E., 1988 pág. 246) lo cual puede atestiguar relaciones con Italia Central. La presencia de cerámicas de lujo unida a la de transporte de vino y aceite, deja entrever actividades comerciales a gran escala. La concentración de productos griegos en Huelva (Olmos, R., 1986 pág. 587) puede hacer pensar, ya en época arcaica, en una presencia griega en Andalucía occidental. Esta teoría puede sostenerse sobre la base de las fuentes clásicas, y más concretamente en los pasajes de Kolaïos de Samos (Herodoto IV, 154) y de Argantonio (Herodoto I, 163-165).

El registro arqueológico ha demostrado la presencia de material griego en el VII - VI a.C., en los yacimientos costeros, por lo que debe presumirse que el material es fruto de los contactos comerciales con el Mediterráneo Central (Aubet, 1987 pág. 209). Aceptando que se traten de objetos de prestigio destinados a la aristocracia indígena, la ausencia en las costas orientales andaluzas de centros indígenas consistentes, lleva a pensar que la presencia de este material sea debida a otras circunstancias y que la misma se dirigiese a la zona tartésica por la ruta comercial hasta Gadir. Esto lleva a la conclusión de que los centros costeros al Este del Estrecho, vinculados al comercio gaditano, tuviesen una función de apoyo a la red comercial gaditana con el Mediterráneo Central y Oriental. Parece que entre el VII y el VI a.C., existiese una «entente comercial», con centro en Gadir, creada por los fenicios occidentales a través de la ruta de las islas y el sur del Mediterráneo (Arteaga; Blech, 1983 pp. 75-94).

Historia

Hacia el 573 a.C. la caída de Tiro a manos del Imperio Asirio significó el desarrollo comercial de Cartago y Gadir, las dos grandes colonias occidentales, determinando las nuevas directrices de la política comercial y colonial en Occidente. Es en este periodo cuando las producciones focenses inundan el mercado onubense, se consolida la hegemonía cartaginesa en el Mediterráneo Central (Schubart; Arteaga, 1986 pág. 506) iniciada con las campañas militares de Malcón hacia el 545-535 a.C. en Sicilia y Cerdeña (Moscati, S., 1977 pp. 134-135), se produce la fundación de Alalia (560 a.C.) y en el 546 a.C. cae Focea. En el 535 a.C. ocurre el inevitable encuentro entre foceos y cartagineses. A fines del S. VI a.C. el Estrecho de Gibraltar parece «cerrado» a los productos griegos, aunque no al comercio entre Gadir y Grecia, y poco a poco se inicia la lenta hegemonía cartaginesa en la Península.

De estas consideraciones sobre política internacional resulta evidente el hecho de que Cartago se convierte en potencia centromediterránea. A partir del VI a.C., se asiste a la desaparición del modelo económico en el sur de la Península. Algunos centros, como es el caso del Cerro del Villar (Aubert, 1990 pag. 379), Toscanos (Niemayer, 1983 pp. 633-635) o Cerro Montilla se abandonan y sufren nuevos aportes demográficos pequeños centros como por ejemplo Malaka (en la falda de la Alcazaba y San Agustín) o el Torreón (Bravo, S. 1992) basados sobre líneas económicas dictadas por Gadir y reflejo de la política hegemónica de Cartago en el Mediterráneo Central. Siempre en este periodo, se inicia la colonización agrícola cartaginesa en el N. de África (López Castro, 1990 pág. 64) y surgen nuevos asentamientos orientados a la política económica de los circuitos comerciales mediterráneos, como vemos en las factorías de salazones que jalonan la costa desde Gadir a Almuñécar (Frutos; Chic; Berriatua, 1988 Pág. 301) y se efectúa la reconversión económica de estos antiguos centros fenicios según las directrices marcadas por Gadir y su aliada Cartago.

Como se desprende del tratado del 509 a.C. entre Roma y Cartago, esta se consideraba dueña del Norte de África y de las islas y, en lo que respecta al tratado, Polibio afirma que los romanos y sus aliados no podían navegar más allá de Mastia de Tarsis, zona de indudable influencia gaditana (Blanco, 1980 pag. 123). La paridad entre Gadir y Cartago ha diseñado el esquema de influencia geopolítica, y la costa al Este del Estrecho ha continuado gravitando en torno a Gadir. A finales del S. VI a.C., arruinado el mercado de la plata y caído el mundo tartésico, Gadir debe orientarse necesariamente hacia los circuitos comerciales del Mediterráneo Central y Oriental. Las industrias de salazón conferirán a Gadir rango de potencia económica y comercial, rango que se mantendrá hasta el S. III a.C., con la definitiva conquista cartaginesa a manos de los Bárquidas.

Las relaciones de los centros situados en el Estrecho con el Mediterráneo giran, pues, en torno a Gadir y las funciones de apoyo que seguirán siendo fundamentales a partir del VI a.C., con la nueva política cartaginesa tras la caída de Tiro. Así, estos centros mantienen inalterada su primitiva función como apoyo a Gadir y su red comercial con el Mediterráneo Central y Oriental. Es por esto, que a partir del S. VI a.C. y sobre todo en el V a.C., la zona comprendida entre Cádiz y Almería viene inundada de pequeños asentamientos dedicados a las salazones y a la pesca de túnidos, aprovechando las inmejorables condiciones ícticas que presenta el Estrecho. Este sistema no cambiará con la conquista romana y así, centros como Carteya o Baelo Claudia verán incrementados en época republicana las manufacturas de salazones y producción de ánforas. Roma no hace pues nada más que continuar con la floreciente industria que ya de muy antiguo se viene dando en la zona.

CONCLUSIONES:

La escasez de datos aportados por el registro arqueológico, hace imposible desarrollar una teoría sobre la funcionalidad de los asentamientos fenicios en la zona campogibraltareña. Sin embargo, el análisis de varios factores nos lleva a plantearnos la función que la zona desempeñó en la dinámica colonizadora semita. El hecho de que solo se conozcan los

yacimientos de Cerro del Prado, Gorhams Cave, Cerro Montilla y el poco definido de Cala Arena (Muñoz, A. *et alii*, 1987) limita mucho cualquier intento de aproximación. Sin embargo, parece muy probable que la zona desarrolló un papel de extraordinaria importancia en lo que al apoyo a la navegación se refiere en un primer momento, para pasar después a una dependencia económica de Gadir a partir del S. VI a.C.

Estamos convencidos de que futuros estudios paleogeográficos y prospecciones sistemáticas con sondeos estratigráficos (sobre todo en la zona del Castillo de los Guzmanes en Tarifa) darán fructuosos resultados en cuanto a datos que nos corfirmen la hipótesis aquí planteada.

EL VIAJE HIPOTÉTICO

Hiram miró a su padre mientras este daba órdenes a los hombres para que se apresurasen en el embarque de las ánforas, ya que estimaba que la marea llegaría a su plenitud en media hora. Era la mejor forma de salir hacia alta mar rumbo a poniente. Estaba deseoso de constatar por si mismo las historias que había oído sobre el escabroso y casi impenetrable occidente.

Tenía doce años y conocía la costa Siro-palestina desde el Delta del Nilo hasta la Isla del Cobre, pero en esa tranquila mañana del mes de junio, el ánimo de Hiram luchaba contra el nerviosismo propio de un marino antes de embarcarse rumbo a lo desconocido. Tras los preceptivos sacrificios a Melkart, la nave, un gaulos con poco mas de trescientas toneladas de carga, navegaba remolcado por dos cymbae cuidando que no encayase en los bajos arenosos de la bahía.

Una vez fuera de la rada, Ithobaal, propietario del barco, se dirigió al capitán de la nave, hombre curtido en cientos de viajes similares (del que decían que fue huésped de la mismísima Circe tras un naufragio al volver de un viaje por el mar exterior), para comunicarle que la nave estaba lista y que podía ordenar la partida. El capitán estableció la ruta Noroeste aprovechando la corriente dominante y, sin perder de vista la costa, mandó hisar la cuadrada vela roja aprovechando así el incipiente viento que soplabá.

No había llegado aún la noche cuando Hiram avistó la costa chipriota. El capitán ordenó encender brea y colocarla en la extraña ánfora sita en la proa de la nave. Como si se hubiese tratado de una señal, al momento aparecieron tres focos luminosos, dos en pequeños promontorios a ambos lados del barco y otro en el centro más al interior, donde se dirigieron con la ayuda de los remos. Al llegar al interior de la bahía, el capitán ordenó a cinco hombres que procuraran el aprovisionamiento de agua y víveres (higos y frutos secos) tras lo cual cada uno buscó sitio en cubierta y se dispusieron a pasar la noche.

A la mañana siguiente el barco partió a favor de corriente rumbo Noroeste y al cabo de unos veinticinco días se encontraban frente a las costas del temido Caribdis. Una vez aquí, el capitán ordenó anclar en la única playa que vieron antes de enfilarse el estrecho donde se repitió la misma operación que en Chipre, con la excepción de que Ithobaal, el capitán y el piloto se dirigieron a un pequeño islote donde se encontraba un santuario dedicado a Melkart. Hiram miraba como su padre encendía una hoguera y hacía libaciones en honor del protector de la navegación. El capitán le aconsejó que se apresurase, pues perderían las buenas condiciones que presentaba el mar.

Hiram notaba como su padre contemplaba con excesivo nerviosismo la travesía del estrecho; no en vano había invertido mucho en este viaje. Tras cruzarlo, la nave enfiló proa a Panormos guiados siempre por la majestuosa vista del Etna que quedaba al Sur. Al llegar, Ithobaal ordenó que todas las ánforas que transportaba la nave fuesen desembarcadas y depositadas en la playa, clavadas en la arena y dispuestas en filas. Hiram contó cerca de trescientas. El capitán dispuso que llenasen de arena la bodega del barco para evitar que zozobrase debido al mal estado del mar y al poco peso de la nave.

En Panormos estuvieron tres días durante los cuales Hiram se sentía emocionado ante la vista del puerto donde los barcos llegados de Grecia o Etruria descargaban sus mercancías (fundamentalmente ánforas de vino y cerámicas de lujo), mientras su padre

Historia

trataba con dichos comerciantes el precio de las mismas. Ithobaal compró una partida de vino etrusco y varias copas venidas de Grecia del Este, cargó las ánforas que había traído con trigo siciliano y buscó al capitán entre el bullicio de la ciudad para comunicarle que dispusiera la partida. Lo encontró en la playa junto al barco donde le comunicó que embarcarían a un alfarero siciliano que se dirigía a Sex, una ciudad situada cerca de las Columnas de Hércules.

¡Las Columnas de Hércules! Cuando Hiram escuchó este nombre, un escalofrío recorrió toda su piel. Por fin vería el mar exterior y la poderosa Gadir, meta de todas las navegaciones.

Embarcaron y pusieron rumbo Suroeste. Al séptimo día divisaron una isla a la que llaman Ebusus donde repitieron la misma operación que en la Isla del Cobre. Tuvieron que pasar dos días allí en espera de viento favorecedor, tras lo cual pusieron proa a la costa andaluza donde días después avistaron la ciudad sexitana. Desembarcaron allí al alfarero e Ithobaal aprovechó para dejar varias copas compradas en Panormos por consejo de éste.

Pusieron rumbo a occidente, y tras dos días avistaron las Columnas de Hércules en lejanía. Pese a la lejanía (el día era claro pues soplabla una ligera brisa de poniente), Hiram se encaramó a la proa de la nave para memorizar cada detalle de la escarpada costa. Decidieron continuar la navegación aún cuando la noche caía sobre ellos. Hiram no podía conciliar el sueño, lo que le permitió ver una costa jalonada por pequeños puntos luminosos en promontorios costeros. Gracias a ellos, el piloto sabía que estaban seguros y que no encallarían en los peligrosos arrecifes y bancos de arena de la costa.

A la mañana siguiente se encontraban enfilando las Columnas, a la altura de un gran río al que llaman Chrysus junto a una pequeña ciudad; sin embargo, la preocupación se veía en la cara del capitán y, sobre todo, en la de Ithobaal: el mar estaba mas embravecido a medida que se adentraban en las Columnas. El capitán habló con Ithobaal y tras varios minutos, decidieron intentar la travesía. Al entrar en las Columnas, lo primero que Hiram vio fue una amplia bahía con una isla en su interior en la que se encontraba un pequeño poblado y una fértil vega jalonada por dos grandes ríos. Casi en la confluencia de ambos, sobre un promontorio elevado, se encontraba una pequeña ciudad, y oyó como el capitán decía a su padre que era conveniente hacer sacrificios en el santuario situado en una caverna en el interior de una de las Columnas. Ithobaal miraba preocupado y casi con resignación el estado del mar, cada vez mas embravecido pero decidió que debían continuar y así lo comunicó al capitán. Este, aunque un poco contrariado, juzgó que tenían posibilidades y continuaron la marcha.

Al salir de la bahía, lo que vio Hiram le llenó de espanto: un enorme monstruo emergía del mar soltando ráfagas de agua hacia la superficie; sin embargo, lo que mas impacto le causó fue ver el mar exterior: ¡estaba a punto de cruzar las Columnas de Hércules!

Llegaron a la altura de una ciudad que surgía en lo alto de un pequeño promontorio junto a dos islas donde en la mayor se encontraba un santuario dedicado a Melkart. Como el estado del mar continuaba empeorando, el capitán ordenó poner proa inmediatamente a la mayor de las islas. Una vez llegados a esta, Ithobaal entregó toda la carga a la custodia del santuario y se dirigieron de vuelta a la bahía, donde esperarían un tiempo mejor. Hiram se sentía contrariado; un gran marino como él había sido vencido por las Columnas y juró que no pararía hasta conseguirlo.

BIBLIOGRAFÍA:

- ALMAGRO GORBEA, M.: (1976) «Resistencia y asimilación de elementos culturales del Mediterráneo Oriental en la Iberia Prerromana». *Assim. et resist. à la cult. grecoromaine dans le monde ancien*. Paris.
- ALMAGRO GORBEA, M.: (1983) «Colonizzazione e Culturazione nella Penisola Iberica». *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés antiques*. Pisa-Roma. 434-440.
- ALVAR EZQUERRA, J.: (1987) «La precolonización y el tráfico marítimo por el Estrecho». C.I.E.G. Ceuta. 420-443.
- AMADOR DE LOS RIOS, R.: (1909) Catálogo Arqueológico Artístico de la provincia de Málaga. Madrid.
- ARTEAGA, O.: (1976) «La problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península». *Ampurias*, 38-40. Barcelona. 24-30.
- ARTEAGA, O. et alii: (1983) «Los griegos en el Sudeste de la Península Ibérica». Mesa redonda sobre las cerámicas griegas y helenísticas de la Península Ibérica. *Ampurias*.
- AUBET, M^a.E. et alii.: (1975) «Chorreas. Eine phönizische niederlassung östlich der Algarrobo-Mündung». *M.M.*, 16. Madrid. 137-145.

- AUBET, M^a.E.: (1985) «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas». *Aula Orientalis*, 3. Madrid. 9-38.
- AUBET, M^a.E.: (1987) *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Barcelona.
- AUBET, M^a.E.: (1988) «Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga). Estudio de los materiales de la campaña de 1987». *A.A.A.*, 1988. Sevilla. 244-248.
- AUBET, M^a.E.: «Cerro del Villar 1989. Informe de la 2ª campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del Guadalhorce (Málaga)». *A.A.A.*, 1990. Sevilla. 377-381.
- BENDALA, M.: (1979) «Las más antiguas navegaciones griegas en España y el origen de Tartessos» *AEspA*, 52. Madrid.
- BERARD, V.: (1902) *Les Phéniciens et L'Odysée*. Paris.
- BLANCO FREIJEIRO, A.: (1980) «La conquista cartaginesa». *Historia 16*. Extra XIII. Madrid. 123-129.
- BONDÌ, S.F.: (1978) «Note sull'economia fenicia. Impresa privata e ruolo dello Stato». *EVO, I*. Roma. 139-149.
- BRAVO JIMÉNEZ, S.: (1992) «Un nuevo asentamiento fenio-púnico en la costa malagueña». *Mainake*, XIII-XIV. Málaga. 79-88.
- BRAVO, S. y SILANO, L.: (1995) *La funzione geostrategica degli insediamenti fenici nella costa malaghenese e granadina e la sua relazione con la traversata dello Stretto di Gibilterra*. Memoria de Licenciatura. Roma.
- BUNNENS, G.: (1979) *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*. Bruselas.
- CARTER, F.: (1772) *Viaje de Málaga a Gibraltar*.
- CEAN BERMUDEZ: (1832) *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España, y especialmente las pertenecientes a las bellas artes*. Madrid.
- CRIBADO ATALAYA, F.J.: (1991) «Evolución histórica del urbanismo tarifeño». *Almoraima*, 5. Algeciras. 147-177.
- DUSSAUD, R.: (1936) «Le commerce des anciens phéniciens à la lumière du Poème de Dieux Gracieux et Beaux». *Syria*, XVII. 59-69.
- DUSSAUD, R.: (1946) «Melkart». *Syria*, XXV. 203-231.
- ESCACENA, J.L. et alii: (1985) «Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)». *N.A.H.*, 24. Madrid. 7-40.
- FARIÑAS DEL CORRAL, M.: (1663) *Tratado de las marinas desde Málaga a Cádiz y algunos lugares, sus vecinos, según fueron en los siglos antiguos*. Manuscrito Sig. 9/5996 de la Real Academia de la Historia. Madrid.
- FERNANDEZ, S.: (1995) «Evolución del poblamiento en el Término Municipal de Algeciras: una perspectiva arqueológica». *Almoraima*, 14. Algeciras. 9-30.
- FLOREZ, E.: (1789) *España sagrada*. Tomo XII. Madrid.
- FRUTOS, G. et alii.: (1988) «Las ánforas de la factoría de salazones de Las Redes (Puerto de Santa María, Cádiz)». *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*. 295-306.
- GARCIA Y BELLIDO, A.: (1947) *La España del Siglo I de nuestra Era*. Austral. Madrid.
- GUILLÉN ROBLES: (1874) *Historia de Málaga y su provincia*. Málaga.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, C.: (1995) «La paleobahía de Algeciras y sus posibles asentamientos fenicios». *Almoraima*, 13. Algeciras. 71-78.
- GONZALEZ WAGNER, C. et alii.: (1989) «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola». *R.S.F.*, I. Roma. 61-103.
- HOCKMANN, O.: (1985) *La navigazione nel mondo antico*. Munich.
- HOFFMANN, G.: (1988) *Holozänstratigraphie und küstenlinienverlagerung an der Andalusischen mittelmeerküste*. Bremen.
- HOROZCO, A.: (1845) *Historia de la Ciudad de Cádiz*. Cádiz.
- MANCEBO, J.: (1995) «Cerro del Prado y el Estrecho de Gibraltar como zona receptora de influjos mediterráneos, y transmisora hacia los poblados del interior en época orientalizante». *Almoraima*, 13. Algeciras. 79-92.
- MORALES MUÑIZ, A. et alii.: (1987) «La riqueza del Estrecho de Gibraltar como inductor potencial del proceso colonizador en la Península Ibérica». *C.I.E.G.* Ceuta. 447-458.
- MOSCATI, S.: (1977) *I Cartaginesi in Italia*. Roma.
- MOSCATI, S.: (1983) «Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia». *R.S.F.*, 11. Roma. 1-7.
- MUÑOZ, A. et alii.: (1987) «Informe preliminar de las prospecciones arqueológicas del litoral gaditano: de Getares a Tarifa». *A.A.A.*, 1987. Sevilla. 161-168.
- NIEMAYER, H. G. et alii.: (1975) «Trayamar, die phönizischen kammergräber und die niederlassung au der Algarrobo-Mündung». *M.B.*, 4. Madrid. 3-15.
- NIEMAYER, H.G.: (1982) «El yacimiento fenicio de Toscanos: Balance de la investigación 1964-1979». *Huelva Arqueológica*, 6. Huelva. 101-121.
- NIEMAYER, H.G. (1983) «La cronología de Toscanos y los yacimientos fenicios en las costas del Sur de la Península Ibérica». *ACISFP*, I. Roma. 633 y ss.
- NIEMAYER, H.G. (1985) «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función». *Aula Orientalis*, 3. Madrid. 109-126.
- NOUGAYROL, L.: (1960) «Nouveaux textes accadiens de Ras-Shamra». *C.R.A.*, I.
- OLMOS, R.: (1986) «Los griegos en Tartesso. Replanteamiento arqueológico-histórico del problema». Homenaje a Luis Siret. Sevilla. 584-600.
- PELLICER, M.: (1963) «Excavaciones en la necrópolis púnica de La Laurita del Cerro de San Cristobal (Almuñecar, Granada)». *E.A.E.*, 17. Madrid.
- PELLICER, M.: (1985) «Sexi fenicia y púnica». *Aula Orientalis*, III. Madrid. 85- 107.
- PICARD, G.: (1982) «Le periple d'Hannon en Phönizier im Western». *M.B.*, 8. Madrid. 175-180.
- ROUILLARD, P.: (1978) «Brève note sur le Cerro del Prado, site phénicien de l'ouest à l'embouchure du rio Guadarranque (San Roque, Cádiz)». *M.M.*, 19. Madrid. 152-160.
- RUIZ GÁLVEZ, M.: (1986) «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a finales de la Edad del Bronce». *T.P.*, 43. Granada. 9 y ss.
- SCHUBART, H. et alii.: (1963) «Toscanos». *N.A.H.*, 7. Madrid. 63 y ss.
- SCHUBART, H. (1977) «Morro de Mezquitilla, voberricht über die Grabungskampagne 1976 auf dem siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung». *M.M.*, 18. Madrid. 33 y ss.
- SCHUBART, H.: (1986) «Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz)». *A.A.A.*, 1986. Sevilla. 200-227.
- SCHULE, W.: (1968) «Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo». *IX C.N.A.* Mérida. 449-462.
- SCHULTEN, A.: (1945) *Tartessos*. Austral. Madrid.